

PEDRO DOMÍNGUEZ NEGRO. DOBLE MAYORDOMO

Javier Martín Lorenzo

“**E**ra el 2 de abril de 1920, Viernes Santo para más señas y antes de que el gallo cantase en el corral, mis padres –Pedro y Amalia– ya se habían levantado de la cama, apenas habíamos pegado ojo, la jornada estaba marcada en el calendario desde hacía mucho tiempo. Los nervios y la emoción se encontraban a flor de piel.

Mi padre se lavó con la poca agua de una palangana, se peinó los cuatro pelos que tenía y se vistió con sus mejores galas; un pantalón oscuro, camisa blanca y la americana que había estrenado el Domingo de Ramos.

Cuando mis padres se disponían a salir de casa, sita en la calzada de San Miguel, con dirección a la calle Cantareros, donde junto a mi tío, teníamos la cacharrería de la cual vivíamos las dos familias –la cacharrería de los Golondros– yo, Juliana, la mayor de sus hijos y con 11 años de edad, quise ir con ellos, pero no me dejaron. –Quédate y acicala a tus hermanos y dentro de un rato vas, me dijo mi madre.

La cacharrería estaba recogida y limpia, en el centro habíamos colocado un tablero donde posar el café, los bollos y las pastas, además de una botella de anís y otra de aguardiente con las que agasajar a los hermanos de nuestro querido Cehomico.

Mi padre ese año era el mayordomo de la hermandad. Mayordomo como lo habían sido su padre y su abuelo.

Antes de que el primer rayo de sol se reflejase en la torre de Santa María yo ya estaba allí junto a mis hermanos, a quienes les había levantado antes de que mis padres cerrasen la puerta de casa. Cuando llegué mi padre encandilaba el hogar, mi madre colocaba las tazas y yo puse los dulces traídos del obrador de nuestro pariente en dos bandejas.

Y así fueron llegando los hermanos de Jesús Atado a la Columna, quienes daban la enhorabuena a mi padre que henchido de orgullo les recibía empuñando la vara de la hermandad.

Desayunaron apenas quince hermanos quienes se fueron colocando las negras túnicas de paño que había traído el hermano tesorero, mientras que mi hermano Tano hacía sonar una y mil veces el tapetán.



Jesús atado a la Columna. Archivo Junta Semana Sta. Fondo Jesús Domínguez

El paso se talló casi de memoria, eran prácticamente los mismos los que le portaban un año tras otro; y al poco rato sonó el Pardal que anunciaba la recogida de gremios.

A las once en punto de la mañana salía la procesión de la iglesia de Santa Cruz. Mi querido Cehomico encabezaba la procesión, tras él, el Eccehomo, el Nazareno, la Desnudez y cerraba el cortejo el Cristo de la Pasión. Entre todas las hermandades no sumaban setenta túnicas, una veintena de manolas, siendo el resto hermanos y hermanas los que alumbraban sus amadas imágenes con la luz de un farol o una simple vela.

Sobre la una de la tarde los hermanos del Cehomico ya estaban alrededor de la mesa que mi madre y mi abuela habían preparado mientras que la procesión recorría las anegadas rúas de Rioseco.

Cuando llegué mi padre encandilaba el hogar, mi madre colocaba las tazas y yo puse los dulces traídos del obrador de nuestro pariente...

Una vecina nos había dejado un precioso mantel para cubrir los tableros, otra una docena de vasos, otras varias sillas para que nadie tuviese que comer de pié las sopas de ajo y los filetes de ternera con los que el mayordomo agasajaba a sus hermanos. Y así, en un santiamén, recuerdo que la comida transcurrió y que los del Cehomico se fueron despidiendo de mi padre, pues bien sabían que para todos nosotros quedaba la segunda parte de la jornada.

Y fue entonces cuando la cacharrería se convirtió en una vorágine de actividad frenética. Había que recoger la mesa, lavar la vajilla, barrer un poco y volver a colocar otra vez el mantel porque en poco tiempo empezarían a llegar los hermanos de la Escalera, hermandad que también le tocaba servir a mi padre Pedro Domínguez Negro en ese año de gracia de 1920.

Pedro Domínguez había entrado en la hermandad de la Escalera en 1910 por empeño de mi abuelo Benito Santamaría Álvarez, quien le convenció por la carencia de hermanos. También influyó mucho mi madre, Amalia, quien llevaba la hermandad en la sangre desde generaciones atrás.

Mi padre era un hombre bajito y algo regordete, llevaba a gala ser el eje del paso cargando a hombro izquierdo, puesto que llevó siempre.

A las tres de la tarde ya estaba el refresco del Descendimiento sobre los tableros. Familiares y vecinos aguardaban en la puerta de la cacharrería la llegada de los hermanos, quienes poco a poco fueron llegando para felicitar al hermano mayordomo. Café, dulces, anís y coñac se fueron degustando hasta que llegó la hora de ponerse las túnicas y tallar el paso.

Recuerdo el gran baúl donde el hermano tesoro traía las blancas túnicas de lienzo almidonado junto a las horquillas. Recuerdo como los hermanos se colocaban bajo la cuerda para tallarse de forma casi instintiva sin que nadie les dijese el puesto que iban a cargar. Recuerdo aquellas caras de satisfacción y compromiso con la historia cuando el pardal anunciaba la llegada de los gremios.

Junto a mi padre vi salir la Escalera ese año de 1920 mientras sonaba una marcha que empezaba a afianzarse para la salida de los pasos grandes. La Crucifixión, el Descendimiento, la Piedad, el San-



Descendimiento de la Cruz. Archivo Junta Semana Santa. Fondo Jesús Domínguez



Javier Martín con su abuela Juliana

...mi madre que junto a mi abuela María cocinaban las alubias y el bacalao que iban a cenar los hermanos de la Escalera.

to Sepulcro y la Soledad se pusieron en procesión rodeados del pueblo que caminaban junto a las hermandades.

Yo a la altura de la Rúa dejé a mi padre para volver a la cacharrería y así ayudar a mi madre que junto a mi abuela María cocinaban las alubias y el bacalao que iban a cenar los hermanos de la Escalera. En este caso fueron algo más de treinta los platos y cubiertos que tuve que preparar sobre la mesa.

Alrededor de las doce de la noche ya estaba la hermandad dando cuenta de las sabrosas viandas. Con caras de satisfacción por el deber cumplido un año más y con los efluvios del clarete les dejé cuando tuve que marchar a casa, tenía que acostar a mis hermanos que se dormían casi de pié, pero no pegué ojo hasta que de madrugada no volvieron a casa mis padres. Cansados y agotados, pero henchidos de orgullo y satisfacción por el día vivido.

Pedro Domínguez, mi padre, murió en 1927 a los 44 años de edad, pero antes de su fallecimiento, de igual manera que su suegro "Cagón" había hecho con él, apuntó a mi marido Eustaquio, a quienes todos conocíamos como Jovito, a la Escalera, pues aunque varias veces tuvo que portar el Cehomico por falta de hermanos, nunca lo convencimos para que fuese de la hermandad."

Esto es lo que mi abuela Juliana siempre nos contaba. Hoy 100 años después de tan singular día donde un hombre humilde y sencillo sirvió dos hermandades, varios bisnietos y tataranietos seguimos su estela en el Cehomico y la Escalera. Jovito y Juliana se encargaron de ello. ♦